



DESENMASCARANDO LA CODICIA

DP3.10

por Brian Rosner

DESENMASCARANDO LA CODICIA

© Fundación Generación y MTS

Este documento tiene copyright y sigue siendo propiedad de MTS Ltd.
Uso autorizado para Fundación Generación, prohibida su copia,
distribución y reproducción.

Para obtener más información sobre el uso de este documento,
envíenos un correo electrónico a mts@mts.com.au.

Para acceder a más recursos por favor visite: www.mts.com.au y
www.fundaciongeneracion.org

MISIÓN - EL POR QUÉ

La misión de Fundación Generación es:

“Contribuir a hacer discípulos de todas las naciones al multiplicar a los obreros del evangelio a través de los Aprendices Ministeriales”.

VISIÓN - EL QUÉ

La Visión de Fundación Generación es:

“Apoyamos y proporcionamos recursos a los Entrenadores de Fundación Generación, para multiplicar los Obreros del Evangelio a través de los Aprendices Ministeriales.”

SOBRE EL AUTOR



Brian Rosner (PhD, Cambridge) es director de Ridley College en Melbourne, Australia. Es autor o editor de más de una docena de libros, el más reciente *Known by God: A Biblical Theology of Personal Identity* (Zondervan, 2018). Brian está casado con Natalie y tiene cuatro hijos.

DP3.10

DESENMASCARANDO LA CODICIA

Ahora que muchas de las economías occidentales dan muestras de crecimiento sólido y sostenido, las expectativas nunca han sido tan altas en cuanto a nuestro nivel de vida. Las ventas de Navidad alcanzan récords, el mercado de propiedades es fuerte, Wall Street avanza triunfante. ¿De qué tenemos que preocuparnos? De mucho, dice Brian Rosner.

En Wall Street, hay tres eslóganes que resumen el sentir de la mayoría de los involucrados: “comprar o morir”, “el almuerzo es para los débiles” y “la codicia es buena”.

La mayoría no llegaríamos al punto de decir que la codicia es buena. Eso sería demasiado. Tenemos una actitud más matizada hacia el dinero. Si nos preguntan que es más importante no dudamos en poner a la familia y los amigos antes que a las cosas materiales. También estamos preparados para condenar como casi obscenos los excesivos bonos de los ejecutivos y directores de las grandes empresas. Movemos la cabeza en rechazo a las compras excesivas e innecesarias de personajes como Imelda Marcos cuya colección de zapatos era más

numerosa que las colecciones de estampillas de algunas personas, o a la avaricia destructiva de Nick Leeson cuya hambre de dinero derrumbó al banco Barings.

Aun así, nuestra actitud al dinero puede ser muy contradictoria. Aunque al hablar de la condición humana decimos que todos aman el dinero, cuando se trata de nosotros no estamos dispuestos a decir lo mismo.

Sin embargo, si el fenómeno de la lotería indica algo, a la gran mayoría le gusta bastante la idea de ser rico. Al parecer, los cristianos no somos diferentes. Una encuesta de asistentes regulares a la iglesia en EE. UU. arrojó que 90% dice que la codicia es pecado; menos del 20% dice que le enseñaron que querer mucho dinero es malo y casi 80% dice que les gustaría tener más dinero.

Claro que la insaciabilidad no es exclusiva de nuestra civilización occidental moderna. La codicia siempre ha estado con nosotros. Como comentó Miroslav Volf: “la aceptación cultural, incluso el aliento de la insaciabilidad es exclusivo de la modernidad...el virus inactivo de la insaciabilidad brotó con el capitalismo causando una epidemia general. Quizás sea justo decir que, aunque la codicia sigue siendo un vicio en la mayoría de las mentes, ha sido devaluada.

Un predicador sugirió cuatro razones por las que el cristiano no considera que la codicia es tan grave como la inmoralidad sexual, por ejemplo:

Porque (1) es tan común; (2) porque se da entre las personas que se presentan como refinadas o incluso religiosas; (3) porque no es tan fácil definir la codicia, como es definir la impureza de vida; y (4) porque la conciencia pública está cauterizada y la mente cegada ante la naturaleza baja y rastrera del pecado.

En comparación con épocas pasadas, la codicia hoy en día es un pecado trivial. “No seas codicioso” es algo que se escucha si uno pide una segunda porción de torta de chocolate. La codicia puede hasta ser descrita como un bien público, el motor del progreso económico. Condenar la codicia es lo último en la mente de los medios de comunicación cuando informan sobre alguna historia acerca de alguna celebridad millonaria. Aunque si lo pensamos bien, la codicia hace que la vida de las personas sea una miseria, pero la psicología moderna no considera que la codicia sea un problema que hay que tratar. Prueba preguntando a los parientes de un trabajólico o de un apostador compulsivo si están de acuerdo. Un sacerdote jubilado relató que en sus largos años de servicio le confesaron toda clase de pecados y problemas en el confesionario, pero ni siquiera una vez le confesaron codicia.

La conducta codiciosa se da por asumida en nuestra sociedad, como se puede ver por la manera en que respondemos a las excepciones. Aaron Feuerstein era dueño de una empresa textil en Massachusetts. Dos semanas antes de Navidad la fábrica se incendió. Todos asumieron que tomaría el dinero del seguro y se iría,

perjudicando económicamente a los empleados. Después de todo, ¿Qué otra cosa haría un hombre de negocios sensato? En lugar de eso, Feuerstein le dijo a su personal que seguirían recibiendo su sueldo durante las vacaciones y que recibirían un bono de Navidad. Dicho de otro modo, hizo lo correcto. Aparentemente, hacer lo correcto es anormal. El presidente Clinton invitó al señor Feuerstein a su discurso anual ante el congreso y lo presentó como un héroe de la nación.

Actitudes cristianas ante la codicia

Los cristianos no siempre han tratado la codicia con tanta liviandad. De hecho, según el Nuevo Testamento, la codicia es uno de los pecados más serios. A los primeros cristianos no sólo les decían que evitaran la codicia, sino que estuvieran vigilantes (Lucas 12:15), huyeran de ella (1 Tim 6:11) o la mataran (Col 3:5). La codicia es descrita en términos muy negativos. Es la raíz de todos los males (1 Tim 6:10), una de las doce cosas que salen del corazón y contamina al hombre (Marcos 7:20-22), es evidencia de una mente depravada y oscurecida (Ef. 4:18-19; Rom 1:28-29). Peor aún, la codicia es descrita como una forma de idolatría. Jesús llegó a relatar una parábola dirigida específicamente en contra de la codicia, en la que Dios reprende al protagonista con la palabra “necio” (Lucas 12:16-20). Además, se considera que la codicia lleva a otros pecados como el robo, el orgullo y la inmoralidad sexual.

De hecho, hay amplia evidencia en el Antiguo Testamento y enseñanzas judías morales que respaldan el vínculo entre la

codicia y la injusticia. La mayoría del rechazo a la riqueza que se encuentra en el Antiguo Testamento se relaciona con la incapacidad del rico de actuar con justicia hacia el extranjero, la viuda, el huérfano y el pobre. Se compara al hombre rico con el malvado (Sal 10:3), el violento (Prov. 11:6) y el orgulloso (Prov. 15:25; 16:19; Isa 2:7, 11; 13:11, 17; Jer 51:13). El rico lleva a cabo planes malvados (Prov. 10:12; 11:28; 22:1; cf. Sal. 37:16; Prov. 15:16; 16:8; 17:1; 28:6). La primera preocupación ética que menciona Proverbios es un grupo de bandidos cuyo objetivo es obtener cosas valiosas y llenar su casa con el botín (1:13); la sabiduría advierte que ese tipo de personas que se apresura a pecar y son prestos a derramar sangre (1:16). En Proverbios 19:22 se da por hecho que los codiciosos son mentirosos. En Miqueas 2:2 codician campos y se apropian de ellos.

De manera similar, Filo comenta que “la injusticia se alimenta del pensamiento ansioso pensando en los medios para vivir y hacer dinero” Las riquezas y la injusticia están vinculadas en uno de los rollos del Mar Muerto: “hombres injustos...celosos de riquezas”. Un antiguo comentario rabínico judío afirma que “si deseas, codiciarás; si codicias vas a oprimir y robar”.

En Apocalipsis 18, que anuncia la caída de Babilonia, su riqueza suntuosa y extravagancia están manchadas cuando la lista de carga de los mercaderes comienza con “oro, plata, joyas y perlas”, termina de manera enfática con “esclavos, personas (v 12-13), sugiriendo que la prosperidad y lujo de la ciudad descansa en la brutalidad y desprecio de la vida humana. Esta impresión se confirma en 18:21 donde

Babilonia es condenada como una ciudad violenta y sangrienta, creada y mantenida por una fuerza militar. Babilonia personifica lo despiadado de la codicia.

Si le pidiéramos al apóstol Pablo o a alguna otra persona en la primera iglesia que nos diera el perfil del pagano promedio, a alguien que no conoce al Dios verdadero y vive, es probable que recibieras en sermón de tres puntos como respuesta. Los primeros cristianos, al igual que los judíos, condenaban a los gentiles por su idolatría primero que todo, luego por su inmoralidad sexual y finalmente por su codicia. Por ejemplo, en Lucas 12:22-30 los gentiles son descritos como aquellos cuyo estilo de vida se caracteriza por una incansable búsqueda de bienes materiales. En la carta a Policarpo, escrita poco después de que se cerrará el canon del Nuevo Testamento, la codicia se distingue específicamente como una marca de los paganos (11:2).

Si lo vemos del ángulo opuesto, la codicia no solo calza con el estilo de vida del pagano, no es una conducta adecuada para alguien que conoce a Dios. En Colosenses 3 Pablo alienta a la iglesia a que no sea codiciosa porque este tipo de conducta es incompatible con un estilo de vida auténticamente cristiano. Del mismo modo, según 1 Corintios 5:11, las personas que afirman ser cristianos, pero son codiciosos, no pertenecen a la iglesia y deben ser excluidos.

El mundo cristiano antes de la época moderna trataba la codicia con la misma seriedad. En el siglo IV, Zenón de Verona declaró: "Dios está en lo correcto al detestar la

codicia". La codicia es tan insaciable como el infierno, según Basilio el Grande: "El infierno nunca dirá que ya es suficiente; tampoco la codicia dice que es suficiente". Ambrosio pensaba que la codicia era tan crítica que la describía como el pecado primario, el de Adán en el jardín, no como el pecado original, sino como "la codicia original".

En la Edad Media, un importante vehículo para la enseñanza moral era la lista de los llamados siete pecados mortales: orgullo, lujuria, glotonería, pereza, ira, envidia y codicia. Aunque Gregorio el Grande ubicaba al orgullo por encima de la codicia en la lista, en las numerosas exposiciones en los siglos posteriores la codicia pasó a ocupar el lugar del orgullo. Las metáforas médicas solían usarse para describir los efectos que la codicia puede tener en la gente. La codicia no solo era un pecado mortal sino una enfermedad mortal. La codicia era comúnmente vista como el equivalente espiritual de la hidropesía, que conlleva una sed insaciable de agua a pesar de que el cuerpo está lleno de líquido. Mientras más trata la persona afligida de saciar su sed, más crece esa sed. Así es el caso con la codicia.

En la Reforma Protestante la codicia mantenía su mala reputación. Según Martín Lutero, por ejemplo, la codicia produce incredulidad y la incredulidad produce codicia. Lutero tomó la cuarta petición del Padrenuestro: "danos hoy nuestro pan de cada día" como un llamado a evitar la codicia. También instó a cada cristiano a ser regular y dedicado en la oración en contra de este peligroso vicio.

Aunque la codicia se puede analizar positivamente en términos de factores sociológicos, psicológicos y económicos. La raíz solo se puede entender con la ayuda de la teología. La codicia es un problema teológico. Dejar a Dios fuera en nuestros intentos de comprender la codicia es tratar el problema de manera superficial por sobre todo porque, según la Biblia, la codicia es básicamente una forma de idolatría.

La idolatría secreta

No hay una acusación más seria en la Biblia que la de la idolatría. La idolatría requería el más estricto castigo, provocaba la más despectiva polémica y las más estrictas medidas para evitarla. La base teológica para juzgar a la idolatría es el celo de Dios lo que inevitablemente lo lleva a severas acciones: “No sigas a esos dioses de los pueblos que te rodean, pues el Señor tu Dios está contigo y es un Dios celoso; no vaya a ser que su ira se encienda contra ti y te borre de la faz de la tierra” (Deut 6:14-15; cf. Jos 24:19-20; Sal 78:58-64; Sof 1:18).

En el Antiguo Testamento, el desagrado y el desprecio por la idolatría se manifiesta con varios términos despectivos que se usan para describir a los ídolos. Los ídolos son “cosas impuras”, “débiles” o “sin valor”, “aquello que es insustancial”, “vanidad” o “vacío”. Los israelitas no sólo debían evitar la idolatría; el lenguaje de prohibición difícilmente podía ser más emotivo y urgente. Deben aborrecer y detestar a los dioses paganos (Deut 7:25-26). Tanto para judíos como para cristianos en el mundo

antiguo, la acusación de idolatría provocaba alarma y horror. Tertuliano, Padre de la Iglesia (200 a. de C.) no exageró cuando describió la idolatría como el “principal crimen de la raza humana, la mayor acusación de culpa hecha a la humanidad, la razón de fondo como causa de juicio”.

Por esta razón es sorprendente aprender que el Nuevo Testamento iguala a la codicia con la idolatría en al menos cuatro ocasiones. Colosenses 3:5 afirma que “la codicia...es idolatría”, y Efesios 5:5 dice que “el codicioso...es un ídola”. Según Mateo 6:24 y Lucas 16:13, Jesús describe a la riqueza y las posesiones como amos que son rivales de Dios: “Nadie puede servir a dos señores, pues menospreciará a uno y amará al otro, o querrá mucho a uno y despreciará al otro. No se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas [literalmente Mamón]”.

¿Puede ser la codicia realmente tan mala? ¿Crea el amor al dinero una amenaza tan seria para Dios? ¿Cómo debemos entender estos versos? Seguramente serán exageraciones mal entendidas o en el mejor de los casos es retórica religiosa pensada en llamar la atención sin hacernos pensar mucho.

La codicia y la idolatría en el mundo antiguo tenían mucho en común. Primero, ambas enfocan la atención en los objetos hechos de oro y plata. En la tradición bíblica judía estos dos metales eran usualmente asociados con la codicia; literalmente se hablaba de los “amantes de la plata” y los ídolos de la adoración pagana, comenzando con el

becerro de oro. Segundo, tanto el codicioso y el idólatra visitaba templos paganos, el último por razones obvias y el primero porque en tiempos antiguos los templos operaban no sólo como lugares de adoración sino como bancos. Tercero, tanto la codicia como la idolatría, según la exhortación moral que se encuentra en el Nuevo Testamento, eran considerada como de tal gravedad que había que huir de ellas; de la codicia en 1 Timoteo 6:11 y de la idolatría en 1 Corintios 10:14.

En el presente, sea como sea que entendamos las palabras de Jesús y de Pablo, vale la pena notar que las personas sin un compromiso religioso han notado la función casi religiosa que el dinero tiene para muchos. El Oxford English Dictionary por ejemplo define el materialismo en términos religiosos, como “la devoción a los deseos o necesidades materiales en detrimento de los aspectos espirituales”. Dos artículos que aparecieron en The Times fueron más lejos. Alexander Freaan escribió el 5 de septiembre de 1997: “desprovistos de seguridad y cada vez más desconectados de la fe tradicional en la religión, la gente parece tener en alto los objetos materiales...son objetos de su fe” (p 11). Dorothy Rowe sugirió el 1 de septiembre de 1997 que esa devoción a las cosas materiales está destinada al fracaso: “incluso si lográramos lo que el mundo reconoce como éxito, descubriremos que al tenerlo no logramos satisfacer el hambre de nuestras expectativas espirituales” (p 34).

Como resultado, el juicio de que la codicia es idolatría es una crítica social de la sociedad moderna a la vez que es una profunda mirada a la teología y ética cristiana.

Nunca ha habido un momento en la historia del mundo en el que las palabras de condenación de Jesús y Pablo hacia la idolatría hayan sido más oportunas (y tengan tanto sentido) como ahora. Si la gente del mundo antiguo adoraba piedras y objetos (Jer 2:27; Hos 4:12) hoy lo vemos en la adoración de bonos y acciones. El sociólogo John Boli no exagera cuando advierte: “debemos asumir lo profundo del problema del materialismo. Estamos ante una religión económica fuertemente institucionalizada que debe ser confrontada en sus propios términos y mucho de los cimientos culturales de esa religión son, me parece, sagrados para todos nosotros”.

En la sociedad occidental en general, la economía ha alcanzado lo que sólo se puede describir como un estatus de sagrado. Al igual que Dios, se piensa que la economía es capaz de suplir sin límite las necesidades de las personas. Al igual que Dios, la economía es misteriosa, insondable e intransigente. Tiene un gran poder y al mismo tiempo, a pesar de los mejores esfuerzos del clero asociado, conlleva un gran peligro. Es un inagotable pozo de bien(es) y se le considera capaz de prolongar la vida, de dar salud y de enriquecer nuestra vida. El dinero en el que ponemos nuestra fe y la publicidad a la que adoramos, son parte de su ritual. La economía también tiene símbolos sagrados que evocan lealtad total, como el logo de la empresa, los nombres de productos y las tarjetas de crédito.

Hoy en día las personas conducen su vida primordialmente en término de religiosidad económica. La economía es la fuente de valor final, como una religión, confiere valor a

aquellos que participan. No participar en la economía es carecer de todo valor social, como han aprendido todos los que no tienen un trabajo remunerado.

Como la religión, la economía ofrece soluciones a los problemas esenciales de la vida y ayuda a enfrentarlos. El significado de la vida de una persona se encuentra en la plena participación en la economía, como productor y como consumidor. El propósito de la vida implica el desarrollo del potencial económico del individuo y la búsqueda del progreso material para el bien de todos. Hay gran cantidad de libros disponibles para ayudar a los fieles a desarrollar su potencial. Antes las experiencias más intensas y vívidas de la vida se encontraban en la religión tradicional, hoy en día tienen que ver con los rituales del dinero, ya sea en el trabajo, las vacaciones o las compras. La religión del dinero incluso tiene credos y dogmas como “el dinero hace que el mundo funcione”.

El equivalente moderno de una catedral es el centro comercial. Es el centro de la comunidad en todo sentido, sus edificios son admirados por lo enormes y costosos que son y por su imponente arquitectura que a menudo ofrece espacios interiores estéticamente agradables, hechos de piedra y vidrio. Son visitados por “peregrinos” que vienen de todo lugar, incluso del extranjero a veces. Las visitas pasan horas en esos lugares (y gastan mucho dinero), bebiendo de la experiencia abrumadora de la variedad y la belleza de los bienes que ahí se ofrecen antes de retornar a su lugar de compras local. Con eso mejoran sus vidas.

La religión tradicional ve al hogar como un lugar donde se puede instruir de manera más eficaz. La religión del dinero no es diferente, la televisión y los computadores inculcan la buena noticia para cada grupo etario. El estadounidense promedio ve un promedio de 85 avisos comerciales al día, y todos de manera incansable e inequívoca promueven la ideología del consumo y el materialismo.

La religión tradicional no puede contra esta religión nueva. Ha sido empujada a segundo plano. Boli comenta: “la religión puede ayudar a salvar el alma o a entender la agonía de la vida y la muerte, pero no puede ayudarnos a obtener una gran gama de bienes, significados y propósitos que son preferido en el ámbito económico”. Alan Storkey nos da un mensaje desesperado parecido: “el cristianismo, a pesar de todas las advertencias en los evangelios, no ha visto el desafío, la tentación, las mentiras, el enemigo. Debemos considerar que la comunidad cristiana es incapaz de discernir quién quiere ser el dios de esta época”.

Algunas formas de cristianismo han seguido el camino antiguo en respuesta a esta religión cada vez más popular: el sincretismo, un intento de aprovechar la atracción de sus creencias y prácticas. El evangelio de la salud, la riqueza y la prosperidad es la respuesta de los que consideran la opción de resistir, pero sin resultado. “Si no puedes vencerlo, únete a ellos”. Cuando ese tipo de predicadores anuncia que es la voluntad de Dios que tú estés sano y seas próspero, y si no tienes eso es evidencia de tu falta de fe. Pero se olvidan de una cosa: de aclarar de qué Dios están hablando.

Del mismo modo, la comercialización de las festividades religiosas tradicionales como la navidad, que tanto lamentamos, pero rara vez resistimos, es un claro ejemplo de la estrategia de control de la religión de la codicia.

Lo más preocupante del hecho de que la codicia es idolatría es que casi nadie reconoce ser un idolatra. Imaginen la reacción de incredulidad en la iglesia local si se diera a conocer que la gran mayoría de los miembros secretamente adoran otros dioses. Pero si nuestro análisis de la religión del dinero es correcto, lo impensable puede no estar tan lejos de la verdad.

La evidencia más convincente de que la codicia es idolatría tiene que ver con la respuesta a una simple pregunta: ¿qué hacen los ídólatras con sus ídolos y que es comparable a lo que los creyentes deben hacer respecto a Dios? La respuesta es que ofrecen a sus ídolos amor, confianza y obediencia. En cada caso, esto es precisamente lo que los codiciosos hacen con el dinero.

Hay varias maneras de definir la codicia. La codicia es querer más dinero y posesiones. La codicia es lo opuesto al contentamiento. La codicia es rehusar compartir los bienes. Un enfoque es considerar la codicia en términos de las motivaciones que gobiernan. ¿Qué hace que la gente sea insaciable y mezquina en cuanto a las cosas materiales? La codicia es impulsada por un enorme amor, una confianza puesta en el lugar incorrecto y un servicio prohibido, por eso la codicia es condenada como idolatría.

Adaptado con permiso del autor de How to get really rich – a sharp look at the religion of greed by Brian Rosner (Leicester, IVP, 1999).

Bibliografía

- (1) Robert Wuthnow, *God and Mammon in America*, (London, HarperCollins, 1997), pp. 148-151.
- (2) Miroslav Wolf, 'In the Cage of Vanities: Christian Faith and the Dynamics of Economic Progress', en Robert Wuthnow (ed.), *Rethinking Materialism: Perspectives on the Spiritual Dimension of Economic Behaviour* (Grand Rapids: Eerdmans, 1995), p. 172.
- (3) Albert Barnes, *Notes Explanatory and Practical on the Epistles of Paul* (New York: Harper Brothers, 1845), p. 317.
- (4) *The Guardian*, 25 March 1996.
- (5) Philo, *On the Contemplative Life*, p. 17.
- (6) 1QS 11:1-2.
- (7) Mekilta Exodus 20:17.
- (8) Zenón de Verona, *On Greed* 1.11.
- (9) Basilio el Grande, *Sermon to the Rich* 5.
- (10) Solomon Schimmel, *The Seven Deadly Sins*, (New York: The Free Press, 1992), p. 18.
- (11) David W. Bercot, *A Dictionary of Early Christian Beliefs* (Peabody, MA: Hendrickson, 1998), p. 350.
- (12) John Boli, 'The Economic Absorption of the Sacred', en Robert Wuthnow (ed.), *Rethinking Materialism: Perspectives on the Spiritual Dimension of Economic Behaviour* (Grand Rapids: Eerdmans, 1995), p. 95.
- (13) Boli, 'The Economic Absorption of the Sacred', p. 113.
- (14) Alan Storkey, 'Postmodernism and Consumption', in *Christ and Consumption*, edited by Craig Bartholomew and Thorsten Moritz (Carlisle: Paternoster, forthcoming).



DESENMASCARANDO LA CODICIA

DP3.10